

EDUARDO DATO

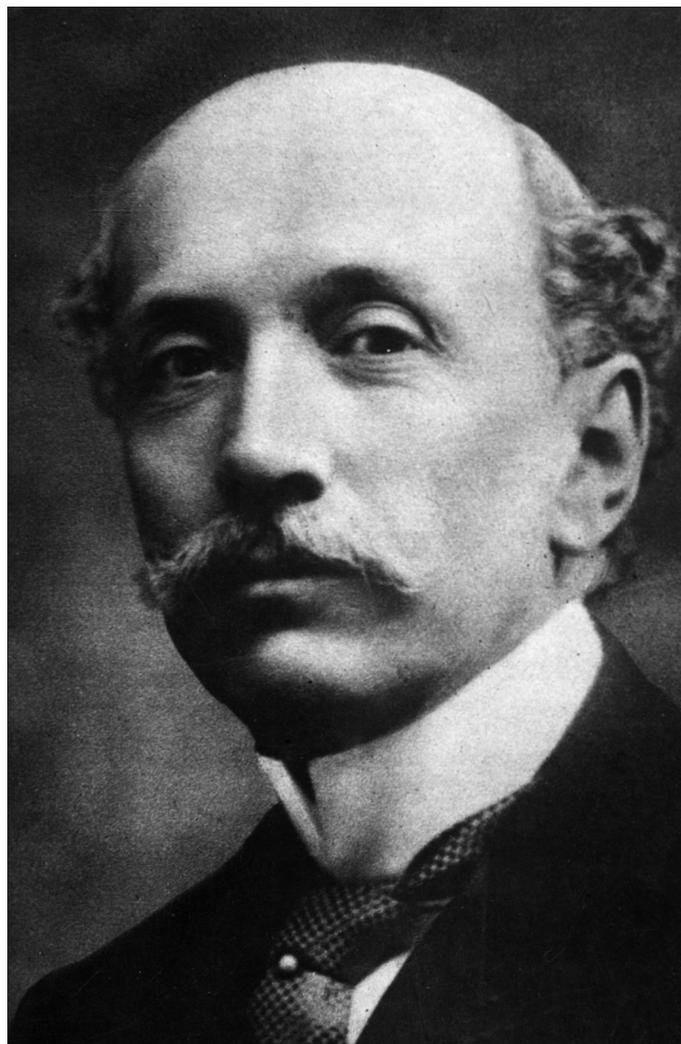
(1856-1921)



## SE CUMPLEN 100 AÑOS DE SU ASESINATO POR LOS ANARQUISTAS

El miércoles 9 de marzo de 1921, a las tres y treinta y cinco de la tarde, se abrió la sesión del Congreso de los Diputados en la que el presidente del Gobierno interino, Gabino Bugallal, debía comunicar formalmente el asesinato de su predecesor, Eduardo Dato. Éste había muerto la tarde anterior, después de que tres anarquistas tirotearan su automóvil desde un sidecar en la Plaza de la Independencia, cuando el entonces presidente se dirigía a su domicilio desde el Senado. Por entonces, los jefes de Gobierno aún vivían en su domicilio, tenían modestísima escolta y no conocían los coches blindados.

Bugallal se levantó de su escaño visiblemente afectado para recordar al “amigo cariñoso”, a “aquel jefe en quien todos veíamos más la cualidad del afecto que la de la jerarquía; porque él, enemigo de toda exaltación propia, procuraba que la jerarquía no fuese advertida”. Pero no sólo se había perdido a un político afable y modesto. Para Bugallal, en Dato se había querido destruir “la encarnación de la sociedad, la encarnación del Estado, la encarnación del Derecho, a impulsos de la barbarie que anida en los corazones de los que tienen planteada esta lucha brutal, alentada por la revolución social” cuyos “aborrecibles propósitos” se manifestaban en “tan execrables procedimientos”. Esa revolución social que entonces patrocinaba la



anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y sus “grupos de acción” mostraba así su desprecio por cualquier beneficio a los asalariados en el contexto de una

economía y una sociedad libres, al asesinar en Dato al promotor “de soluciones en favor de las clases obreras”, pues el político liberal-conservador “consagró su vida entera y

dedicó todos sus afanes de hombre de estudio y de pensamiento a buscar la manera de procurar que estos desniveles sociales fuesen cada vez más suaves” y a que “las relaciones entre la Humanidad fuesen constantemente cordiales”.

El orador subrayó significativamente que había vuelto a cumplirse el consejo de los teóricos del terrorismo ácrata de poner su objetivo “en las personas de los más grandes, de los más justos, de los más buenos, porque ellos son quienes hacen amable la autoridad” que querían destruir. Y como la “bondad para todos” era para Bugallal el rasgo que envolvía las dotes de Eduardo Dato, por ella había sido “buscado como víctima”. El presidente del Congreso, José Sánchez-Guerra, contestó a este discurso enfatizando entre emocionado e indignado que Dato, al ofrendar con aquella “muerte gloriosa” la vida a su Patria, culminaba una trayectoria de “noble cumplimiento de sus deberes”.

Pocas veces puede decirse que los elogios *post-mortem* sean fiel reflejo de los merecimientos de un hombre público. El caso de Dato es una de esas veces, pues no hay historiador que no constate el aprecio y reconocimiento casi generales que logró aquel en vida, muy especialmente en el crítico periodo entre 1913 y 1921. Dato había nacido en La Coruña en 1856 y, aunque en un primer momento quiso seguir la ca-

rrera militar como su padre, tras el destronamiento de Isabel II en 1868 éste le orientó al estudio del Derecho. Los éxitos de Dato como abogado le sirvieron para ascender en la escala social y con 28 años ingresó en el Partido Liberal-Conservador de Antonio Cánovas del Castillo, de la mano de su mentor, Francisco Romero Robledo, talentoso organizador del partido y con un ojo avizor para descubrir y reclutar los cuadros que luego formarían lo más granado del liberalismo conservador español en el cambio de siglo.

Diputado y subsecretario de Gobernación, la carrera política de Dato se vio interrumpida al sumarse a la disidencia de Francisco Silvela en los años noventa del XIX. Pero cuando, a la muerte de Cánovas, Silvela logró la jefatura de los conservadores, Dato se convirtió primero en ministro de la Gobernación y luego de Gracia y Justicia. En ambas carteras brilló como impulsor de la legislación social. Promovió la ley de accidentes de trabajo y la de protección laboral a las mujeres y los niños, alrededor de las cuales renació el asociacionismo obrero en la industria y la minería, y fue artífice junto a Antonio Maura de la ley de descanso dominical. El hecho de que Maura ganara la carrera para suceder a Silvela, no le distanció de Dato que se convirtió, a partir de entonces, en el segundo jefe del partido y, como tal, en presidente del Congreso de los Diputados durante el llamado "gobierno largo" de 1907 a 1909.

En ese periodo, Dato adquiriría su imagen característica. Era delgado, calvo y con bigote gris, con un cráneo limpio del que partía una melena canosa y corta. Enfermizo, culto y de expresión reposada, la personalidad y la oratoria de Dato eran menos atrayentes que las de Maura, pero venían compensadas por su laboriosidad y un carácter empático y conciliador capaz de tejer lealtades duraderas. Su pragmatismo, bien avenido con la definición canovista de la política como "arte de lo posible", y sus maneras corteses pulían un ademán enérgico y resolutivo. "Las energías de los temperamentos suaves son muchas veces las más terribles", recordaba el liberal Romanones, que reconocía en su adversario a un hombre "muy inteligente" y "de gran sentido político".



Dato personificaba la tradición más pura del liberalismo conservador, al que otorgaba una función estabilizadora de la Monarquía constitucional. Pero esa función solo era factible, como solía repetir en sus discursos, si los conservadores, con "tranquilas evoluciones" y transacciones "justas y razonables" con la realidad, adaptaban aquellas reformas que arraigaran en la conciencia nacional. El jefe conservador enfatizaba las reformas sociales, fundadas en un sentido de justicia y en un principio intervencionista del Estado. A los conservadores les correspondía abrirse a las aspiraciones obreras y "atenderlas en lo que tengan de legítimo", porque como señalaba en enero de 1917 "es obra de pacificación, obra conservadora y obra patriótica", y ello impediría que prosperasen "los partidos radicales dedicados con preferencia a subvertir el orden social".

Pero el intervencionismo en la cuestión social que Dato defendía

era puramente liberal y estaba, por tanto, tan desligado del socialismo como del individualismo mercantilista. La derecha constitucional debía ser, para él, "liberal en la idea y conservadora en los procedimientos de gobierno" y, en todo caso, el puntal de la Monarquía parlamentaria que consideraba "la más firme garantía de los derechos del ciudadano".

Dato pertenecía a la generación de jóvenes que había vivido el Sexenio Revolucionario de 1868 y 1874, con sus tres guerras civiles simultáneas y su desembocadura republicana, en sus versiones cantonalista y militarista. Por ello era un sincero creyente en que sólo la Monarquía constitucional restaurada en 1875 era capaz de mantener la libertad civil en una sociedad todavía en vías de modernización. Por supuesto, Dato pensaba que, con todos sus defectos, aquel sistema era muy superior a todo lo que se había experimentado anteriormente, sobre todo porque había logrado desterrar

el sectarismo político y el caudillismo militar. Admirador, como Cánovas, del modelo de gobierno parlamentario británico, creía en el bipartidismo a la inglesa, en los Ejecutivos homogéneos de partido y en la activación progresiva del sufragio universal masculino, implantado ya en España en 1890.

Dato ascendió a la presidencia del Gobierno en 1913, cuando Maura se negó a aceptar el nombramiento del Rey, entonces Alfonso XIII, al declarar su incompatibilidad con el Partido Liberal, con el que cuatro años antes había tenido duros enfrentamientos a cuenta de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. En 1915, fue elegido líder del Partido Liberal-Conservador, mientras los partidarios de Maura constituían un grupo aparte, más reducido. Justo durante el Gobierno de Dato estalló la Primera Guerra Mundial. El presidente declaró la neutralidad de España en 1914 y la mantuvo fuera del conflicto pese a las presio-

nes internacionales. Además, afrontó con bastante éxito los problemas financieros y diplomáticos bélicos, y la angustiosa cuestión de los refugiados españoles que, procedentes de otros países, huían de la guerra.

Dato volvió al poder en la peligrosa coyuntura revolucionaria de junio a septiembre de 1917, con un país al que el gobierno liberal de Romanones había puesto al borde de entrar en la guerra. En esta ocasión, el político conservador logró aplacar el hundimiento de mercantes españoles por los submarinos alemanes, evitando así la ruptura de relaciones; e impidió el derrocamiento de la Monarquía constitucional y la proclamación, inspirándose en el proceso revolucionario ruso, de una República de izquierdas y confederal, que también pretendía erigir un Estado catalán a beneficio de los nacionalistas de la Lliga. Aunque Dato no pudo dominar la sublevación de los militares vinculados a las Juntas de Defensa, sí desarticuló la trama civil de aquella revolución impidiendo que la asamblea de parlamentarios de julio de 1917 se erigiera en catalizador de la revuelta y, sobre todo, derrotando la insurrección armada en agosto de ese año de los sindicatos UGT y CNT. La reacción militarista de las Juntas acabó con su Gobierno en octubre de 1917, aunque Dato volvió en marzo de 1918 como ministro de Estado (Exteriores) del

“Gobierno Nacional” liderado por Maura con la misión, culminada con éxito, de mantener contra viento y marea la neutralidad de España hasta el final del conflicto. En ningún momento como en esta coyuntura crítica de 1917-1918 se manifestó la destreza y el tacto de Dato para apartar a España de los horrores tanto de la guerra como de los procesos revolucionarios que, por entonces,

de postguerra, con su estanflación y la expansión del terrorismo anarcosindicalista, que había provocado la respuesta violenta de los sindicatos contrarios, especialmente el Libre. Ello generó una guerra social, el “pistolero”, que la CNT tuvo la responsabilidad de iniciar, inmersa en un optimismo revolucionario tras el éxito en Rusia de la revolución bolchevique y su intento de exten-

1930. Fiel a su estilo, Dato creó el Ministerio de Trabajo y trató de terminar con la guerra social mediante la negociación colectiva. Ante la negativa de la CNT, dominada por sus elementos más extremistas, y la quiebra de los mecanismos policiales y judiciales ordinarios, las fuerzas vivas de Barcelona y singularmente la Lliga, que gobernaba la Mancomunidad de Cataluña, pidieron el estado de excepción y el nombramiento como gobernador civil del general Martínez Anido, dispuesto a desarticular por todos los medios a los grupos de acción ácratas.

Sería precisamente la dureza de los métodos de Martínez Anido lo que los cenetistas pretextarían para atentar primero contra la vida del ministro de la Gobernación, Buggallal, y luego contra un indefenso Eduardo Dato, que antes había recibido varios anónimos amenazadores. Por supuesto, era una motivación propagandística porque los anarcosindicalistas no necesitaban excusas para ejercer el terrorismo y, en este caso concreto, había sido precisamente su violencia la que explicaba que sus adversarios, incluidos los republicanos y los nacionalistas catalanes, estuvieran dispuestos a encomendarse a Martínez Anido. De hecho, la iniciativa de nombrar a éste había partido del catalanista Francisco Cambó, no de Dato, que pagó una cuenta que no era suya. Paradójicamente, lo que no imaginaban los directivos de la CNT es que, matando al presidente conservador, iban a eliminar al único hombre capaz de detener el *descensus averno* de España hacia la dictadura de Primo de Rivera, el gobierno de excepción que acabaría destruyendo a la organización cenetista por un sexenio.

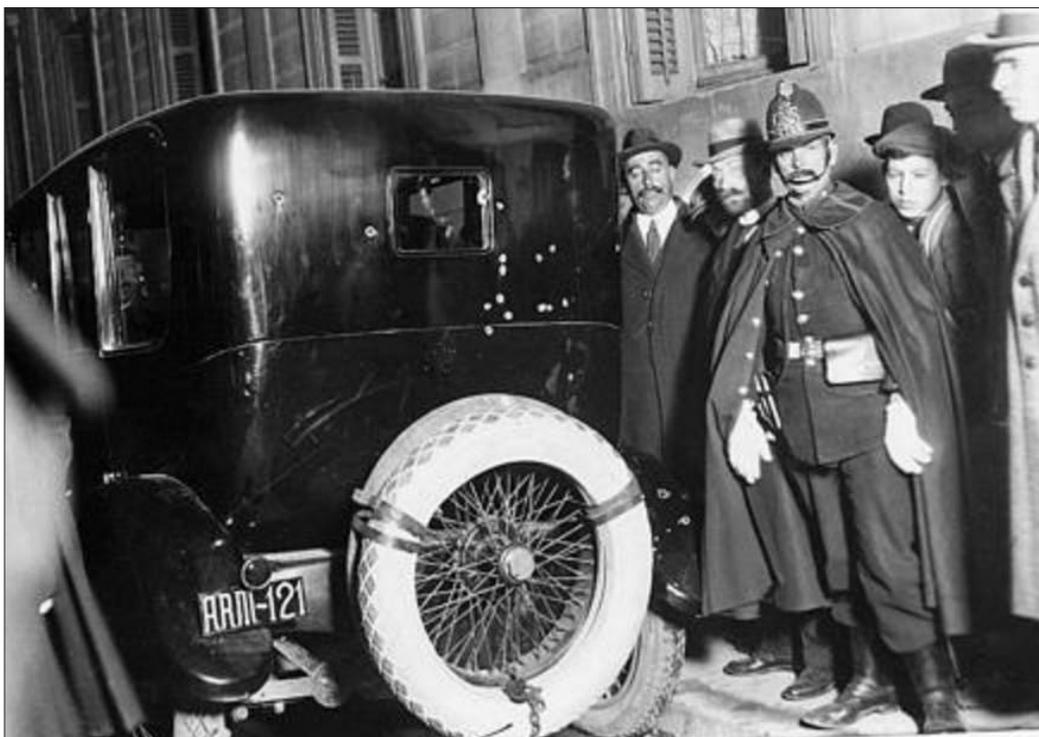
## En su etapa final, Dato se centró en reconstruir la unidad de todos los conservadores.

se abatieron sobre todo el continente europeo.

En su etapa final, Dato se centró en reconstruir la unidad de todos los conservadores. Pese a que él presidía el Partido Liberal-Conservador, con fuerzas muy superiores a las de Maura, estuvo dispuesto a cederle el liderazgo, pero éste se negó repetidamente a la reunificación. En mayo de 1920, Dato presidió su último gobierno, en medio de la crisis

de Europa central y oriental. Sus grupos de acción produjeron, de hecho, la mayoría abrumadora de los atentados y de sus víctimas.

En este contexto, las medidas de estabilización económica funcionaron. De hecho, fue con Dato, y no con Primo de Rivera, cuando comenzó el boom de los años veinte: en 1920, la inflación se contuvo y el PIB creció un 7,7%, un alza que se mantendría, con altibajos, ya hasta



1 Diario de Sesiones del Congreso, 9-III-1921, pp. 825-827.

2 Conde de Romanones (1949): “Obras Completas”, Vol. III, Madrid, Plus Ultra, pp. 329 Y 339.

3 Partido Liberal-Conservador (1917): Homenaje a D. Eduardo Dato, Madrid, s.e.